

Al lado un ramo de hierba gatera

Lectura · Lost Weekend, Múnich · 23-02-2018

De camino a ti, en el tren me acompañan dos señoras de setenta años, con blusas tan afirmativas de la vida como sólo suele serlo la música popular. Cada una sostiene un smartphone en sus manos tranquilas. Con este mismo cuidado debieron de haber sostenido alguna vez a sus hijos recién nacidos y, después, a sus nietos. No tarda mucho en comprenderlo todo el compartimento: las dos señoras se están enviando imágenes la una a la otra. Imágenes de conocidos comunes, de sus hijos y nietos, imágenes que —según dice la una— han salido, sí, realmente bastante bonitas.

Pone su teléfono en las manos de la otra, le pide que la lleve a la «galería». Entonces ambas miran la pantalla, sonriendo y sacudiendo la cabeza a la vez, preguntándose qué habrán vuelto a hacer ahora y deshaciéndose en risas.

Sus miradas se cruzan y ambas parecen felices.

De repente, un titubeo de confusión.

Una de las imágenes enviadas no quiere llegar. Cuatro cejas fruncidas son iluminadas por la luz azul de la pantalla hasta que, entre carcajadas, llega por fin la resolución: la imagen de la una fue a parar a la cuñada de la otra, que comparte su nombre.

«¡Ay, esa se va a reír!»

A continuación fijan como foto de perfil una de las dos y hablan, se siente, un par de veces demasiadas de esta «galería».

«¡Qué guapa estás! ¡Mira!»

Risas.

Conmover, cómo con tan poco se pueden regalar una alegría tan grande. Nada me gustaría más que retener todo esto para poder mostrárselo a cualquiera que lo necesitase: ¡así se usan los smartphones! Pero más bien habría que decir: ¡así se es feliz!

Dos personas mostrándose la una a la otra lo hermoso que es el otro.

¿Qué más quería decirte?

Ah, sí: ocurrió, por cierto, justo como siempre habías vaticinado: Mark y Lisa se separaron definitivamente. Los dos demostraron, con la implacabilidad de un robot de cocina, lo difícil que dos personas se pueden hacer la vida mutuamente; un monumento contra el matrimonio y la prueba de que no puede ser cosa del smartphone.

¿Qué más?

Esta mañana me escribió un conocido.

Lo veo demasiado poco, por eso he de llamarlo conocido. Sin embargo, me siento muy unido a él: un padre joven, director de teatro, que intenta hacer posible su arte mediante un trabajo honrado. Me preguntó si no querría escribir un texto breve para un pequeño acto en el Lost Weekend.

Nosotros dos, tú y yo, íbamos a menudo al Lost Weekend.

Una vez, una fría tarde de enero hace dos años, tomábamos allí nuestro café cuando un conductor de autobús delgado y de pelo gris esperaba en el calor del local a que comenzara su turno. Yo estaba justo en la caja, tú sentada junto a las ventanas, y el hombre se desplomó hacia el suelo. Se derrumbó con el movimiento irreal de un niño que finge derrumbarse. Después me preguntaste si había visto su cara, dijiste que parecía muerto. En el alboroto, ni siquiera me habías percibido a mí.

Inclinado sobre aquel hombre, le presté los primeros —no, los últimos— auxilios; estaba muerto.

Aún hoy me ayuda aquel conductor de autobús con su mirada vacía:

En mis horas peores me recuerda que uno mismo puede volver a subir incluso desde el Hades, siempre que las circunstancias sean favorables y haya personas que le indiquen el camino correcto.

(Ja, ¿qué te parece esta: «Orfeo y la MVG»? En fin.)

El sanitario que acababa de llegar permanecía entonces con una calma absoluta entre el desfibrilador que descargaba y yo, y me contaba cómo una vez había llegado a un lugar de emergencia en el que los primeros auxilios se reducían a un círculo de velas temblorosas. Con aquel círculo de velas los primeros intervinientes habían expresado, al principio, sus mejores intenciones, y después más bien su completa ofuscación. Yo, en cambio, le rompí las costillas al conductor. Sobrevivió.

Fue bonito tenerte a ti como alguien con quien pude hablar unas cuantas veces más sobre aquella experiencia.

Para el texto que me piden, sin embargo, la historia no va a servir. Huele demasiado a autobombo. Y aunque la sala la noche del acto probablemente estará llena en cuatro quintas partes de sillas vacías y en la quinta restante de desconocidos, su opinión me seguirá importando.

Curioso, ¿no te parece?, cómo incluso a las opiniones de personas a las que nunca llegaremos a conocer les damos cierto peso.

El director de teatro dijo que el acto era ya en tres semanas; a una buena amiga la había convencido ya para que asistiera. Lamentablemente sigo buscando una buena idea. Quizá escriba un texto sobre el hacer posible el propio yo con la participación del otro. ¿Qué te parece? Empezaría con una escena alegre, luego vendría su contrapunto más oscuro. A continuación podría intercalar un pasaje breve en el que levante el texto a un metanivel, con la esperanza de arrancar al público una que otra sonrisa. Ése sería probablemente el momento en que lanzaría una mirada rápida al público, sólo para confirmar que la idea resultó mediocre y la ejecución demasiado precipitada.

Un suspiro.

Después, quizá, una fábula —en estilo indirecto, para despojarla de su carácter de mito. Y al final, un desenlace triste e inesperado.

Ay, a propósito de fábula: eso me recuerda tu primer verano en Múnich.

En una fresca noche de septiembre me habías hablado de las abejas europeas y de las avispas gigantes japonesas. Poco antes habías trepado, por un pararrayos, a través de una ventana abierta del segundo piso de un edificio de oficinas. Algo borracha, bajaste dando tumbos los dos pisos del hueco de escalera acristalado para abrirle a nuestro pequeño grupo la enorme puerta. Sobre el sexto piso había una terraza en la azotea, y allí arriba, mientras los demás hablaban demasiado alto de carreras y de coches pequeños, empezaste tú, con los labios fríos y en voz baja, a contarme lo de aquellas abejas y aquellas avispas.

Treinta avispas, decías, aniquilaban a treinta mil abejas en sólo tres horas. Mordían a las abejas sencillamente por la mitad; tenía algo de la brutalidad de la vida en sí misma el modo en que los insectos, muchas veces más pequeños, tenían que encontrar su final, sin oportunidad alguna.

Fueron tus movimientos de manos los que me revelaron lo que en realidad me querías decir. Las abejas que se dispersaban las empujabas lejos de nosotros; como avispas, tus dedos zumbaban despiadados hacia nosotros.

Sosteníamos nuestras botellas de cerveza con los nudillos blancos, mirábamos en silencio por encima del centro de Múnich y comprendíamos:

No somos avispas.

Pero oye, ahora sí conozco la historia entera.

Lo que entonces no sabíamos era por qué a las abejas japonesas no las alcanza necesariamente la misma suerte que a sus parientes europeas. La primera avispa —la avispa exploradora— llega siempre sola. En cuanto entra en la colmena, las abejas rodean a la intrusa a una velocidad acorde con la gravedad del acto. Se lanzan sobre la amenaza hasta que ya no se ve nada de ella y empiezan a vibrar. Poco después la avispa está muerta. Unos ridículos grados centígrados más son los que las abejas pueden resistir. Matan a la avispa con su calor.

Contada así hasta el final, la historia adquiere otro carácter, ¿no te parece? O es la historia del cardumen de peces y el tiburón —trasladada al reino de los insectos— o nos cuenta que demasiado calor puede matar.

Constantemente me asalta el temor de que esa pudiera haber sido también la razón por la que en las últimas semanas ya no nos habíamos visto. ¿Habíamos recibido demasiado el uno del otro? ¿O simplemente había cosas más importantes que hacer?

Las amistades se adelgazan a menudo, sólo para dejar sitio a un nuevo intento.

Ah sí, una cosa más y después, por desgracia, tengo que irme: el Tengelmann de nuestra época de piso compartido fue reformado y convertido en un Edeka —no lo reconocerías. Ayer, al estar en la caja, tuve que pensar en cómo nos había advertido entonces la cajera de los bonitos tatuajes: «esto de aquí no es cebollino, ¿eh?». Por los demás ingredientes había adivinado qué iba a ser nuestro plato para la noche. Cómplices como siempre, reaccionamos rápido y con una sonrisa condescendiente. Sí, sí, lo sabíamos muy bien —el verde era sólo decoración. Agradecidos por un remate más, metimos la hierba gatera en nuestra bolsa de tela.

Qué bonito es tener a alguien al lado que sabe quién vas a ser tú en el segundo siguiente.

La inscripción me dice que tu abuela tuvo ayer el segundo aniversario de su muerte. Quizá le des la mano en mi nombre. En dos semanas se cumplirá también por primera vez el aniversario de tu muerte.

No voy a poder estar aquí.

Por eso te deposito ya hoy los claveles blancos en el sitio de siempre; al lado, un ramo de hierba gatera.